GONZÁLEZ, ANA MARTA, *Claves de ley natural*, 1ª ed., Madrid, Rialp, 2006, 166 pp.

por *Mario Šilar* – *Universidad de Navarra*

En su nueva obra, Ana Marta González –profesora de Ética en la Universidad de Navarra, España–, propone una serie de claves conceptuales para conocer la enseñanza de Tomás de Aquino respecto de la ley natural. También se propone ampliar el marco de comprensión de los problemas éticos básicos. A primera vista, uno podría preguntarse cuál es la importancia de realizar esta empresa. En opinión de la autora, la doctrina tomista de la ley natural constituye la aportación más específica del Aquinate a la historia de la ética. Si bien, la apelación a una ley natural no constituye una novedad absoluta, pues ya existían varios precedentes, su originalidad consiste en haber vinculado la ley eterna con el dinamismo de la razón práctica según lo había descrito Aristóteles. El modo en que Santo Tomás relaciona estas dos tradiciones es a través de la noción de ley natural, definida como una *participación de la criatura racional en la ley eterna*. La singularidad radica en que esta participación se desarrolla *activamente*, lo cual distingue la participación de la criatura racional respecto de la participación pasiva que realizan los seres no racionales.

De esta manera, la génesis conceptual de la doctrina de la ley natural da cuenta de una de sus más importantes características: la de ser un *concepto límite* “En efecto, por ser ley debía ser un principio extrínseco; por ser natural, debía ser un principio intrínseco. Esta tensión es de hecho lo más característico de la doctrina tomista de la ley natural: el hombre es el legislador legislado. En todo caso, sobre esta base Santo Tomás queda en condiciones de justificar la creación de leyes por parte del hombre, y más en general, asumir lo esencial de la filosofía aristotélica” (p. 12).

El primer capítulo, *de la razón a la verdad práctica*, si bien no trata directamente de la ley natural proporciona el marco adecuado para situar la rehabilitación contemporánea de la ley natural en el contexto más amplio de la historia reciente de la ética. Este capítulo desarrolla la rehabilitación de la filosofía práctica a la luz de los estudios más recientes sobre las obras de Aristóteles y Kant.

El segundo capítulo, titulado *orden moral y legalidad*, se introduce directamente en el problema a la luz de la consideración de la filosofía moral como la ciencia que estudia el orden que debe existir en las operaciones humanas. A partir de allí se articula la relación entre el intelecto práctico y la ley natural. También se analizan los distintos tipos de leyes y el papel preponderante de la virtud.

En el capítulo tercero, *ley natural y razón práctica*, a partir de asumir que la cultura es *naturaleza humanizada*, se intenta indagar en la naturaleza a fin de

detectar cuáles pueden ser los puntos comunes sobre los que se pueda edificar una convivencia multicultural. La autora precisa que “la comunidad de naturaleza relevante para la ética no es sólo ni principalmente la que resulta de compartir unas mismas tendencias (...) sino, más bien, la comunidad resultante de compartir unos mismos fines o bienes, que, eso sí, están incoados en aquellas tendencias, pero cuyo descubrimiento y realización práctica es tarea nuestra” (p. 69).

En *el bien de la vida*, el cuarto capítulo de la obra, se profundiza en la afirmación de que la vida humana es un bien absoluto. En este capítulo, la autora muestra que la vida humana no es jamás un bien puramente físico o «pre-moral». Para ello, se profundiza en la implicación recíproca entre ontología y ética, “la cual representa, para el caso del ser humano, un ejemplo singular de la relación entre ser y ser bueno que, con carácter general, se da en cualquier ente finito” (p. 89).

El quinto capítulo se titula *sexualidad e integridad moral*. A partir de la conclusión del capítulo precedente respecto de que la vida humana no puede considerarse simplemente un bien «pre-moral», se aborda las implicancias que esto tiene para la sexualidad humana. En efecto, ella nunca puede ser considerada algo “clausurado sobre sí mismo, desvinculado del horizonte específicamente ético que define la vida humana, y, por tanto, ajeno por principio a cualquier dirección racional” (p. 113). Por ello, conviene entender la sexualidad humana como una inclinación que, al igual que las demás, debe ser regulada por la razón a fin de que el hombre pueda alcanzar su realización ética.

En el último capítulo, *verdad, justicia, bien común*, se profundiza en la inclinación específicamente humana: apreciar el bien de la verdad y el bien de la vida en sociedad. Estos dos bienes que aparecen asociados a una única inclinación constituyen el eje de reflexión para plantear la cuestión de la universalidad de la moral y la variedad cultural en un contexto en el que se debaten corrientes fundamentalistas y relativistas.

A lo largo de la obra queda de manifiesto la convicción que ofrece la autora en la introducción: “profundizar en la exposición tomista de la ley natural es un modo de profundizar en las tensiones típicamente humanas que hacen del hombre la piedra de escándalo de la filosofía, o, en general, que hacen de la filosofía una tarea específicamente humana. Recordar esto es tal vez más necesario en tiempos como los nuestros, en los que lo humano, y por consiguiente lo ético, está particularmente amenazado por el imperialismo de la razón científico-positiva” (p. 20).